

Colette y Jean-Claude Rabaté

Miguel de Unamuno (1864-1936)

Convencer hasta la muerte



Galaxia Gutenberg

Colette Rabaté es profesora honoraria de Lengua, Literatura y Civilización Española en la Universidad François Rabelais de Tours. Es autora de numerosos artículos dedicados a la literatura y a la historia cultural españolas contemporáneas publicados en revistas francesas y españolas y de obras como *Le Temps de Goya (1746-1828)* (Nantes, 2006), *¿Eva o María? Ser mujer en la época isabelina, 1833-1868* (Salamanca, 2007).

Jean-Claude Rabaté es catedrático emérito de Civilización Española en la Universidad de la Sorbonne-Nouvelle, París III y autor de numerosos artículos acerca de la historia cultural de la España de la Restauración publicados en distintas revistas españolas y extranjeras. Entre sus obras destacan *1900 en Salamanca* (Universidad de Salamanca, 1997), *Guerra de ideas en el joven Unamuno* (Biblioteca Nueva, 2001) y una edición crítica de *En torno al casticismo* (Cátedra, 2005). Ambos son autores de *Miguel de Unamuno. Biografía* (Taurus, 2009), de una edición de *Cartas del destierro de Miguel de Unamuno* (Universidad de Salamanca, 2012), del primer volumen de su correspondencia, *Epistolario I, 1880-1899* (Universidad de Salamanca, 2017) por el que recibieron el Premio Nacional de Edición Universitaria (2018) y de *En el torbellino. Unamuno en la Guerra Civil* (Marcial Pons Historia, 2018), además de comisarios de la exposición «Yo, Unamuno» en la Biblioteca Nacional de España (2015). Son también autores de una edición crítica del último texto de Miguel de Unamuno, *El resentimiento trágico de la vida. Notas sobre la revolución y la guerra civil españolas* (Pre-textos, en prensa).

Esta nueva biografía recoge lo esencial de la vida privada y pública de Miguel de Unamuno fundándose rigurosamente en sus palabras: diarios, epistolarios y obra periodística.

Ofrece datos nuevos gracias a documentos inéditos que ayudan a revisitarse su vida y personalidad aclarando momentos clave de su existencia, especialmente los años de la Segunda República y el famoso «discurso» del 12 de octubre de 1936.

El libro destaca también la gran coherencia de los dichos y hechos de un hombre seguro de su misión de «caballero andante de la palabra», que traducen hasta sus últimos días la doble voluntad de usar el «verbo español» y su pluma para convencer a los hombres y vencer a la muerte «sembrando semillas de eternidad».

La vida de este intelectual heterodoxo, padre y esposo púdico, pedagogo empedernido, traductor y filólogo, descubridor de Hispanoamérica, rector controvertido, excursionista incansable, dramaturgo desilusionado, poeta fecundo, novelista inconformista, orador y periodista comprometido, anticolonialista, aliadófilo y pacifista, opositor feroz a la Monarquía, al militarismo, al clericalismo y a la dictadura de Miguel Primo de Rivera, se convierte en un testimonio de primer orden acerca de la historia política y cultural de España desde la última guerra carlista hasta los primeros meses de la Guerra Civil. Su pensamiento sigue hoy más vigente que nunca.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2019

© Colette y Jean-Claude Rabaté, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Imagen de portada:
Mitin en la plaza de toros de Madrid, 1917.
© «Alfonso», VEGAP, Barcelona, 2019
Fotografía: Archivo General de la Administración

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17971-31-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A nuestros padres José y Maurice
que nos transmitieron su «pasión española»*

Índice

Prólogo

Agradecimientos

1. Recuerdos de niñez y mocedad (1864-1884)
 - «Yo no me acuerdo de haber nacido»
 - Un colegial soñador
 - Los tormentos de la adolescencia
 - Madrid, «un nuevo mundo»
 - Un estudiante en crisis
2. Los años bilbaínos (1884-1891)
 - El vía crucis de las oposiciones
 - El polémico tema vasco
 - Entre crisis y sueños
 - Hacia nuevos horizontes
3. En la ciudad del Tormes (1891-1900)
 - Un catedrático rebelde
 - Periodismo y traducción
 - Ecos de Bilbao
 - Un socialista en la Universidad
 - Crisis de conciencia
 - En busca de fama literaria
4. Un rectorado controvertido (1900-1914)
 - Primeros conflictos
 - El compromiso político
 - Por tierras de España
 - En torno a una destitución
5. Gran Guerra y censura (1914-1923)
 - Contra los «trogloditas»
 - Un aliadófilo convencido
 - Política local y nacional
 - Un periodista censurado
 - Contra la monarquía y la guerra de Marruecos
 - Tiempos de dictadura
6. El desterrado de la dictadura (1924-1930)
 - La isla del viento
 - Autoexiliado en París

- Los días de Hendaya
- Una dictadura moribunda
- La libertad recobrada
- 7. Frente a la República (1931-1935)
 - Discursos republicanos
 - Un «jabalí» en las cortes
 - Duelos, homenajes y nuevos compromisos
- 8. La salvaje guerra incivil (1936)
 - Una España convulsionada
 - En el huracán
 - Atalaya de la guerra
 - El 12 de octubre
 - La palabra castigada
 - «Expatriado en su propia patria»
 - Exequias falangistas

Prólogo

Salamanca, 12 de octubre de 1936, por la tarde

Miguel de Unamuno, sentado como siempre en «el sillón frailer» de su cuarto de estudio, rodeado de sus libros, vuelve a pensar en los acontecimientos terribles que acaba de vivir. A pesar de la presencia de Miguelín y de sus dos hijos, Rafael y Felisa, se siente solo, abandonado y sobre todo vencido... vencido después de su último combate por la razón y la paz... No puede olvidar el aciago acto del parainfo en que oyó los aullidos contra la anti-España, los vivas a la muerte y mueras a los intelectuales traidores; no puede olvidar los abucheos y amenazas de un público excitado y hostil cuando se dirigió a Millán Astray para decirle que vencerán la fuerza brutal, el odio y el resentimiento, pero no convencerán y no llegará la paz, sino la victoria; no puede olvidar los insultos y gritos de odio de unos socios del casino que lo rechazaron como si fuera un perro rabioso y un criminal.

Hace varias semanas que ya sabe cuán inútil es su pluma para combatir por la compasión, la convivencia, la libre opinión y contra una irreprimible locura colectiva; en esta salvaje guerra incivil donde los *hunos* y los *hotros* están perdiendo toda humanidad, tiene miedo a quedar atrapado en el torbellino de odio y de resentimiento y solo puede confiar su dolor y su desengaño a sus «hijos de papel»... Ya entiende que la guerra civil de su niñez era un sueño y que no habrá paz en la guerra.

Hoy le han quitado brutalmente el derecho a expresarse públicamente. Ha perdido su ardiente palabra, «la espada del espíritu», y quizá se diga como en 1917 y en otras tantas ocasiones: «fundamentalmente, no soy más que palabra; el no hablar es morir». Pero es poco probable que agregue como antes «y, francamente, morir, a morir no estoy dispuesto» ante el huracán de odio y de violencia que lo arrasa todo en este terrible otoño de 1936.

Para él se acaban cincuenta años de combates en los que siempre defendió el derecho contra la fuerza... Sí, cincuenta años del mismo combate de un liberal que acaba de entender que sus ideas ya no tienen ningún poder... Y esta experiencia es aún más dolorosa porque significa el fracaso de un intelectual convencido del poder de las ideas incluso sobre los «hechos». Al repensar en el «vencer no es convencer» que opuso a las amenazas de Millán Astray, quizá se acuerde de lo que escribió en 1886 para una conferencia titulada «El derecho y la fuerza» en que ya exaltaba la libertad de pensar por encima de cualquier forma de violencia o de coacción:

Cada cual es libre en su esfera, libre de asociarse y de dejar la asociación, libre para pactar y libre para romper el pacto, únicamente no es libre para atacar la libertad ajena, luchan las libertades en el contrato, no las voluntades en la fuerza, al vencimiento que es el sucumbir de la libertad sustituya el convencimiento que es el sucumbir de la voluntad.¹

Miguel de Unamuno entiende que no podrá agitar los espíritus como lo hizo tantas veces a partir de los sermones laicos que sembraba por toda la península cuando declaraba, fuera de cualquier programa y dogma al final de su conferencia en el teatro de La Zarzuela en marzo de 1906:

Yo, que no soy un hombre de partido, no he venido a traeros un programa [...]; no he querido más que animar, si es posible, los espíritus; activar las entrañas y verter, donde quiera que me llamen y hasta donde no me lla-

men, oportuna y sobre todo inoportunamente, el sacramento de la palabra (IX, 181).

Desengañado, dolorido y sumamente pesimista no deja de confiar en *El resentimiento trágico de la vida*: «los motejados de intelectuales les estorban tanto a los *hunos* como a los *hotros*. Si no les fusilan los fascistas les fusilarán los marxistas». De hecho, si bien este eterno caballero andante de la palabra no consigue convencer a los que predicán la violencia como única forma de combate, no sale vencido de sus innumerables combates por la cultura, la paz, la justicia, la convivencia, la libertad individual y, en suma, por la Verdad, su verdad.

El relato de una vida tan apasionante como fecunda traduce la permanencia y la sorprendente actualidad de su voz, más que nunca en los años agitados que vivimos. Nos enseña que, a pesar de los errores y vacilaciones, accesos de ira y remordimientos propios de cualquier ser humano, Miguel de Unamuno ha conseguido vencer a la Esfinge y colmar su anhelo de «sembrar semillas de eternidad», ya presente desde los años de niñez y mocedad bilbaínos.

1. Miguel de Unamuno, *El derecho y la fuerza*, edición de Eugenio Luján Palma, Sevilla, Punto Rojo Libros, 2017. El libro recalca la sorprendente coherencia del pensamiento unamuniano y prueba que en la conferencia de 1886 se encuentra «en germen» la famosa frase pronunciada el 12 de octubre de 1936.

Agradecimientos

Agradecemos a todos los amigos que nos incitaron a llevar a cabo este proyecto editorial y más particularmente a Miguel de Unamuno Adarraga y a su familia.

Mil gracias también a los colegas que nos proporcionaron datos e información como Margarita Becedas, Mariano Esteban de Vega, Juan Francisco Fuentes, Enrique Moradiellos, Rafael Núñez Florencio, Fernando Puell de la Villa, Octavio Ruiz-Manjón, José Antonio Sánchez Paso y Rafael Serrano García.

Agradecemos por fin a Joan Tarrida por haber acogido este libro en su Galaxia y a María Cifuentes por su disponibilidad, su lectura atenta, sus correcciones y sugerencias siempre atinadas.

Recuerdos de niñez y mocedad (1864-1884)

Desconfío de los hombres que no llevan a flor de alma los recuerdos de su infancia.

Para mí no hay descanso ni consuelo como recorrer los lugares que fueron la primera visión de mi vida, resucitar en mí las impresiones virginales.

(A Rubén Darío, 10 de noviembre de 1907)

«YO NO ME ACUERDO DE HABER NACIDO»

En 1908, al escribir esta primera frase de sus *Recuerdos de niñez y mocedad*, «rehacimiento de artículos de tiempos ya antiguos», Miguel de Unamuno no se contenta con enunciar una verdad obvia. Al evocar este «suceso cardinal» y fundacional lo iguala enseguida con el último de su vida, de fecha igualmente desconocida, conjurando de cierta manera la muerte con la esperanza de «no haber de tener tampoco noticia intuitiva directa de ella» (VIII, 97).¹

Con todo, rectifica esta afirmación escribiendo: «Aunque no me acuerdo de haber nacido, sé, sin embargo, por tradición y documentos fehacientes, que nací en Bilbao el 29 de septiembre de 1864». De hecho, si bien no recuerda su nacimiento, la imagen de la capital de Vizcaya lo acompaña durante toda su vida, y es el espectador atento de su evolución. Pero ¿qué fisonomía tenía el Bilbao de su niñez?

En 1864, durante los últimos y revueltos años del reinado de Isabel II, Bilbao todavía no es la gran urbe industrial de las dos últimas décadas del siglo y, pese a unas primeras transformaciones, es una urbe tranquila donde conviven los

apacibles «chimbos» –apodo dado a sus habitantes– en un ambiente familiar. En el casco viejo o Siete Calles, «núcleo germinal de la ciudad», residen como en tiempos pasados las tradicionales clases medias, mercantiles y acomodadas. Allí se alzan los más emblemáticos edificios públicos: el Ayuntamiento, el Teatro de la Villa, el hospital de Achuri, y la Alhóndiga, donde se concentra desde tiempos remotos el poder económico, social y político-administrativo de la ciudad.

En el siglo XIX, la ciudad, enmarcada en el estuche de sus huertas variadas y de sus alrededores poblados de robles, impresiona tanto a los visitantes por la limpieza de sus calles bien empedradas, la belleza de sus edificios altos y soberbios, sus abundantes almacenes que se merece el nombre de «tacita de plata».²

A mediados del siglo, el estrecho recinto del Bilbao histórico y las murallas dificultan el irreprimible desarrollo de la villa. En 1860, cuenta con unos 18.000 vecinos y pronto se plantea de manera candente la cuestión del ensanche que prevé una ciudad maravillosa, pero el proyecto fracasa por las numerosas críticas y sobre todo los altísimos costos de las expropiaciones. Finalmente, la ciudad no conoce cambios significativos durante tres décadas, aunque se elabora en 1876 un nuevo plan urbanístico después de la aprobación de los ensanches de Madrid y Barcelona en 1860, y de San Sebastián en 1864.

Bilbao, que vivió la ocupación francesa en los años 1808 a 1813, sufre dos sitios durante la primera guerra carlista. El de 1835, emprendido por Tomás de Zumalacárregui, fiel seguidor del pretendiente al trono Carlos María Isidro de Borbón, solo dura unos quince días pues, a raíz de la muerte del general herido en los combates, las tropas cristinas liberan la ciudad. Otro sitio de 43 días se produce en los últimos meses de 1836, pero Bilbao no se rinde y, liberada después de la batalla de Luchana con la victoria del general

Espartero, recibe el glorioso título de *Noble y Muy Leal Invicta Villa* por su heroica resistencia.

En esta ciudad de pasado glorioso, baluarte de la causa liberal y vuelta hacia un porvenir económico esperanzador, se establece después de la primera guerra carlista la familia Unamuno, oriunda del histórico pueblo de Vergara.

UN COLEGIAL SOÑADOR

A principios de los años 1860, en el pintoresco barrio de Siete Calles, y más precisamente en el número 16 de la calle de la Ronda, que corre por la parte exterior de la muralla, se instalan los recién casados María Salomé Crispina de Jugo y Unamuno y su tío paterno Félix María de Unamuno y Larraza, que le lleva diecisiete años. Además de la diferencia de edad, las vivencias de los dos cónyuges son muy dispares.

Félix María, nacido en 1823, hijo de un confitero de Vergara, se fue de casa jovencito para «hacer su América». Se estableció en México, en Tepic, donde consiguió reunir un pequeño caudal antes de regresar a Bilbao; en 1859 obtiene un permiso para establecer su horno de panadería en la casa número 41 del barrio de Achuri y en 1866 solicita del Ayuntamiento la concesión de un puesto de pan en los soportales de la Plaza Vieja.³

A diferencia de este «indiano» o «americano», María Salomé Crispina, que ve el día en 1840, no ha contemplado más cielos que los de su Bilbao natal y a los catorce años queda huérfana de padre. Pero si no ha vivido las aventuras americanas de su esposo, no desconoce el turbulento pasado familiar, particularmente el de su madre, Benita Unamuno y Larraza, dueña con su esposo de una confitería llamada La Vergaresa y cuyas convicciones liberales quedaron fortalecidas por los dos sitios vividos en Bilbao. Además, Benita, casada en primeras nupcias con José Antonio de